

embargo, los mediadores, ausentes de la ciudad, se dormían en medio del peligro, ó hacían como que no lo veían. Es indudable que había inteligencias secretas entre los agitadores de los clubs de París y los revolucionarios de Aviñón.

Uno de esos hombres hienas que parece que olfatean la sangre y que presagian el crimen llegaba entonces á Aviñón procedente de Versalles. Llamábase este hombre Jourdan, pero debe cuidarse de no confundirle con otro revolucionario del mismo nombre hijo de Aviñón. El que nos ocupa había nacido en aquellas áridas y calcinadas montañas del Mediodía, en donde hasta los mismos animales son más feroces que en otras partes. Este hombre había sido alternativamente carnicero, herrador, contrabandista en las gargantas que separan á Saboya de Francia, soldado, desertor, mozo de caballos, y finalmente tabernero en un arrabal de París, y en estos oficios y ocupaciones había adquirido todos los vicios de la más hedionda hez del populacho. Los primeros asesinatos cometidos por el pueblo en las calles de París habían puesto de manifiesto que la verdadera pasión de este hombre era la del asesinato. Después de cometido éste y para hacerle todavía más deshonesto, se presentaba en el sitio de la carnicería á despedazar las víctimas, de lo cual se vanagloriaba. Este monstruo puede decirse que era un verdadero carnicero de hombres. El era el que había introducido sus manos en el pecho y arrancado de allí los corazones de Mrs. Foulon y Berthier; el que había cortado las cabezas á los dos guardias de corps Varicourt y Huttes, el 6 de Octubre en Versalles; el que había vuelto á París con ellas puestas en una pica, y el que echaba en cara al pueblo que se hubiese contentado con tan poco, y que le hubiese hecho venir para no cortar más que dos cabezas. Este malvado contaba poder saciar mejor su sed de sangre en Aviñón, y por eso se trasladó allí.

Había en dicha ciudad un cuerpo de voluntarios conocido bajo el nombre de ejército de Vaucluse, formado de la hez de aquellas comarcas y mandado por un tal Patrix. Asesinado éste por sus soldados, cuyos excesos quería moderar, Jourdan fué nombrado para reemplazarle por derecho de sedición y de maldad. Aquellos mal llamados soldados, á quienes se echaba en cara sus atropellos y asesinatos, semejantes á los *pillots* de Bélgica y á los *sans-culottes* de París, tenían el insulto á gloria, y ellos mismos se titulaban los valientes bandidos de Aviñón. Colocado Jourdan á la cabeza de aquella canalla, asoló é incendió el condado, sitió á Carpentras, y finalmente fué rechazado con pérdida de quinientos hombres, replegándose á Aviñón, que aún estaba preocupado y estremecido con el recuerdo del asesinato de Lescuyer. Jourdan se presentó entonces á ofrecer su brazo y el de sus soldados á la venganza del partido francés. En la jornada del 30 de Agosto, Jourdan y sus soldados cerraron las puertas de la ciudad, se esparcieron por las calles, rodearon las casas de los que eran señalados como enemigos de la revolución, y arrancaron de ellas á la fuerza, sin distinción de sexo ni edad, á cuantos las habitaban, encerrándolos en seguida en palacio. Llegada la noche, los asesinos derriban las puertas y sacrifican á aquellas víctimas desarmadas y suplicantes, sirviéndose de barras de hierro para llevar á cabo esta atrocidad. En vano aquella multitud de hombres, de mujeres y de niños reclama auxilio dando horribles y lamentables gritos. La ciudad oye el ruido de la matanza, pero no se atreve á dar socorro á sus hermanos, porque el mismo horror del crimen hiela la sangre en las venas de todos los ciudadanos. Los asesinos preludian la muerte de las mujeres por medio

de irrisiones y de indecencias que la hacen más horrorosa, y el asesinato de estas infelices empieza por martirizar su pudor. La risa, las lágrimas, el vicio, la sangre, la lujuria y la muerte se confunden en aquella horrorosa escena. Cuando no queda nada que matar, se mutilan los cadáveres y se barre la sangre en los patios para hacerla salir por las letrinas de palacio. Los restos mutilados se llevan al pozo de la nieve, se tapia éste, y así se pone en él el sello de la venganza popular. Jourdan y sus satélites ofrecen el homenaje de esta noche á los mediadores franceses y á la Asamblea nacional. Los malvados de París admiran y encomian el hecho de aquellos caribes. La Asamblea se estremece de indignación, recibe aquel crimen como un ultraje, y el presidente se desmaya al leer la relación de lo que había pasado en la funesta noche de Aviñón. Decrétese en seguida la prisión de Jourdan y de sus cómplices, pero aquél logra evadirse. Perseguido por los franceses, se mete á escape en el río Sorgue. Un soldado lanza su caballo tras él, le alcanza en mitad del río, se echa el fusil á la cara para concluir con él, pero no sale el tiro. Sin embargo, se logra cogerle, se le ata inmediatamente, y el suplicio le aguarda. Entonces los jacobinos imponen á los girondinos la amnistía de los asesinatos de Aviñón. Jourdan, seguro de la impunidad y enorgullecido de su crimen, vuelve á comparecer allí para sacrificar á los que le habían denunciado.

La Asamblea se estremece por un momento á la vista de aquella sangre, pero después se apresura á volver la cabeza á otro lado por no verla. La impaciencia que tenía por reinar sola no le daba lugar para tener compasión. Había, por otra parte, entre los girondinos y los jacobinos una emulación y una rivalidad por colocarse á la cabeza de la revolución, que hacían temer á cada uno de los partidos que el otro se le adelantase y llegase á obtener el mando supremo antes que él. Ni los cadáveres eran ya suficientes para contener el ímpetu de cada uno de estos partidos, y un llanto muy prolongado, por justo que fuese el motivo que lo causaba, hubiera podido pasar por debilidad.

IV

Las víctimas iban aumentándose cada día y los desastres se sucedían sin interrupción. Parecía que el imperio iba á desplomarse y caer sobre sus moradores. La rica colonia francesa de Santo Domingo nadaba en sangre, y Francia recibió el castigo de su egoísmo. La Asamblea había proclamado la libertad de los negros, pero esto lo había hecho sólo por ser consecuente en sus principios; mas la esclavitud subsistía de hecho, á pesar de haberse abolido de derecho. Más de trescientos mil esclavos hacían el servicio de animales de carga en beneficio de algunos miles de colonos, y estos infelices eran comprados, vendidos á vender y aún á veces mutilados cual si fuesen de una especie distinta de la nuestra. Por especulación estaban fuera de la ley política y religiosa. Nada poseían en propiedad, y les estaba prohibido casarse, privándoseles de este modo del goce de ser padres y de verse respetados cuando ménos en el seno de sus familias. Degradándoseles del estado de hombres, se conservaba el derecho de tratarlos como brutos. Si favorecido por la codicia de algunos amos llegaba á celebrarse uno que otro casamiento entre estos hombres, cuyo único delito es ser de distinto color que nosotros, los hijos que nacían de esta unión venían ya al mundo marcados con el sello de la esclavitud, y pertenecían al dueño de sus desgraciados progenitores, ó á cualquiera que quisiese comprarlos; porque

rompiendo sin el menor escrúpulo los santos lazos de la naturaleza, se les separaba de los que les habían dado el ser, como se hace con los animales para venderlos públicamente. Así se destruían los eslabones con que Dios ha formado la cadena de la humanidad, sin que experimentasen el menor remordimiento los perpetradores de tan horroroso atentado contra la naturaleza.

Este crimen en masa y este embrutecimiento sistemático no carecía de apologistas. Negábanse sus facultades humanas á los negros, haciendo de ellos una raza intermedia entre el espíritu y la carne, y se llamaba tutela necesaria y conveniente el infame abuso de fuerza que se ejercía sobre aquella raza inerte y servil. A los tiranos no les han faltado nunca sofistas que apoyen su tiranía. Por otra parte, los hombres compasivos con sus semejantes que, como Gregoire, Raynal, Barnave, Brissot, Condorcet y Lafayette, habían abrazado la causa de la humanidad y formado la *Sociedad de los amigos de los negros*, lanzaban sus principios sobre las colonias más bien como una venganza que como un acto de justicia. Estos principios estallaban sin preparacion y sin ninguna especie de prevision en aquella colonia, en donde la verdad y la justicia no hallaban otro medio de reivindicar sus derechos que el de la insurreccion. La filosofía proclama los principios, la política los administra; los amigos de los negros se habían contentado con proclamarlos. Francia no tenía valor para desposeer á sus colonos de lo que hasta entónces se había considerado como una propiedad, y carecía de la grandeza de ánimo suficiente para indemnizarlos de aquella pérdida. La nacion había conquistado la libertad para ella sola, y difería, como todavía difiere en el momento actual, la reparacion del crimen de la esclavitud en sus colonias. ¿Debia admirarse de que los esclavos tratasen de hacerse justicia por sus propias manos, ni de que una libertad inútilmente proclamada en París se convirtiese en una insurreccion en Santo Domingo? Toda iniquidad consentida por una sociedad libre en beneficio de los opresores, se convierte en cuchilla que ella misma pone en manos de los oprimidos. El derecho es la más peligrosa de cuantas armas se conocen. ¡Desgraciado del que la pone á disposicion de sus enemigos!

En Santo Domingo se hallaba la prueba convincente de lo que acabamos de decir: cincuenta mil esclavos negros se habían sublevado en una noche, instigados y mandados por mulatos ú hombres de color. Estos hombres, raza intermedia procedente de la union entre negros y blancos, no eran esclavos, pero tampoco eran ciudadanos. Eran una especie de libertos que participaban de los defectos y de las virtudes de las dos razas. Tenían el orgullo de los blancos y la degradacion de los negros; raza vacilante que, pronunciándose alternativamente por los amos ó por los esclavos, debia producir aquellas terribles oscilaciones que conducen inevitablemente al transtorno y á la ruina completa de la sociedad. Los mulatos que también poseían esclavos habían empezado por hacer causa comun con los colonos, y oponerse con más tenacidad que ellos á la emancipacion de los negros. Hallándose más inmediatos á la esclavitud, defendían con más ardor la parte que les había cabido de tiranía. Así es el hombre; nadie es más propenso á abusar de su derecho que el que acaba de conquistarlo, y no hay peores tiranos que los esclavos, ni hombres más orgullosos que los advenedizos.

Los hombres de color tenían todos los vicios de los advenedizos de la libertad. Mas cuando notaron que los negros los despreciaban porque eran mestizos, que la

revolucion no había borrado los matices de la piel y las preocupaciones injuriosas que se tenían contra los hombres de su color; cuando vieron que de nada les servía reclamar el ejercicio de los derechos cívicos que los colonos les disputaban, pasaron con la ligereza y con el ardor de su carácter de un partido al otro, é hicieron causa comun con la raza oprimida. La costumbre del mando, sus bienes, sus conocimientos, su energía y su audacia les llamaban á ser los jefes naturales de los negros. Fraternizaban con éstos y tenían mucha popularidad entre ellos á causa del mismo color de que no hacía mucho tiempo habían tenido que avergonzarse entre los blancos. Los mulatos fomentaron en secreto el gérmen de la insurreccion en los conciliábulos nocturnos de los esclavos, y estableciendo al mismo tiempo una



Asesinato del alcalde de Etampes.—Pág. 282.

correspondencia secreta con los amigos de los negros que residían en París. La primer arma de que se sirvieron los mulatos para conseguir su intento, fué esparcir con profusion en los ingenios de azúcar los discursos y demas escritos que enseñaban desde París sus deberes á los colonos y revelaban derechos imprescriptibles á los esclavos. Comentados estos derechos por la venganza, bien pronto fueron el catecismo de las miserables habitaciones de los negros. Los blancos temblaron y el terror les hizo cometer violencias. La sangre del mulato Ogé y de sus cómplices, derramada por Mr. Blanchelande, gobernador y presidente del Consejo colonial de Santo Domingo, sembró la desesperacion é incitó á la sublevacion en todas partes.

Ogé, comisionado en París por los hombres de color para hacer valer sus derechos cerca de la Asamblea constituyente, había contraído relaciones con Brissot, con Raynal y con Gregoire, y se había afiliado en la Sociedad de los amigos de los negros. Desde allí pasó á Inglaterra, en donde conoció y se hizo amigo del piadoso y filantrópico Clarkson. Estos dos hombres pleiteaban entónces la causa de la

emancipacion de los negros y eran los primeros apóstoles de aquella religion de la humanidad, que no cree poder elevar hácia Dios unas manos puras en tanto que exista en aquellas manos un cabo de la cadena que tiene á una raza humana en la esclavitud y en la degradacion. El trato con aquellos hombres de bien dilató el alma de Ogé. Este habia venido á Europa sólo para defender los intereses de los mulatos, pero en cuanto se vió en Paris abrazó la causa santa y liberal de todos los negros y se sacrificó enteramente por la libertad de todos sus hermanos. Volvió segunda vez á Francia, en donde entabló relaciones con Barnave. Entónces suplicó á la comision de la Asamblea constituyente que aplicase los principios liberales á las colonias, y que no consintiese que se hiciera una excepcion de la ley divina permitiendo que continuasen divididos los hombres de aquellos países en tiranos y en esclavos. Inquieto é indignado en vista de la indecision de la comision, que retiraba con una mano lo que habia dado con la otra, declaró que si no era suficiente para que se le atendiese la justicia de su causa, recurriría á la fuerza para sostenerla. Barnave habia dicho: *¡Perezcan las colonias antes que un principio!* Los hombres del 14 de Julio no tenian derecho de condenar en el corazon de Ogé la insurreccion, que era el único título con que ellos mismos se habian hecho independientes. Es de presumir que los votos secretos de los amigos de los negros acompañaron á Ogé, que volvió á salir para Santo Domingo. Cuando llegó allí, halló los derechos de los hombres de color y los principios de la libertad de los negros más disputados y más profanados que nunca. Enarboló al ver esto el estandarte de la insurreccion, pero bajo las formas y los derechos de la legalidad. Puesto á la cabeza de un grupo de doscientos hombres de color, reclamó que se promulgasen en las colonias los decretos de la Asamblea nacional, cosa que hasta entónces se habia dilatado por una arbitrariedad criminal. Tambien escribió al comandante militar del Cabo en los términos siguientes: «Exigimos la proclamacion de la ley que nos hace ciudadanos libres. Si os opondis á ello, nos trasladaremos á Leogane, en donde nombraremos nuestros electores y rechazaremos la fuerza con la fuerza. El orgullo de los colonos se resiente de tener que sentarse á nuestro lado. ¿Se ha consultado el orgullo de los nobles y del clero para proclamar la igualdad de los ciudadanos franceses?» El gobierno respondió á esta elocuente intimacion enviando tropas á disipar aquella reunion. Ogé las rechazó.

Numerosas fuerzas lograron por fin dispersar á los mulatos, despues de una resistencia heroica por parte de éstos. Ogé pudo escaparse y se refugió en la parte española de la isla. Púsose precio á su cabeza, y Mr. de Blanchelande le hizo un crimen en su proclama de haber querido reivindicar los derechos de la naturaleza en nombre de una Asamblea que acababa de proclamar los derechos del ciudadano. Solicitóse del gobierno español la extradicion de aquel moderno Espartaco, tan peligroso para la seguridad de los blancos de ambos países. Los españoles le entregaron, y fué juzgado en el Cabo. La causa duró más de dos meses, llevándose en esto la mira de apoderarse á la vez de todos los hilos de la trama de la independencia, para poder de este modo hacer un castigo ejemplar que atemorizase á todos los que tratasen en lo sucesivo de reproducir otras tentativas semejantes á ésta. Impacientes los blancos al ver esta lentitud, se amotinaron y pidieron á voz en grito la cabeza de Ogé. El tribunal le sentenció á muerte por un crimen que en la madre patria constituia la gloria de Lafayette y de Mirabeau.

Sufrió el tormento en el calabozo. Todos los derechos de su raza, reasumidos y perseguidos en la persona de aquel infeliz, le dieron en aquel trance una elevacion de alma muy superior á la fuerza de los martirios con que le acosaban sus verdugos. «Renunciad,—les dijo con una impasibilidad asombrosa,—renunciad á la esperanza de arrancarme el nombre de uno solo de mis cómplices. Estos se hallan en todas partes en donde haya un hombre de corazon que se subleve contra los opresores de la humanidad.» Desde aquel momento no pronunció sino dos palabras que resonaban cual agudo remordimiento en los oidos de sus perseguidores: *libertad, igualdad*. Marchó sereno al suplicio, y al llegar á él oyó indignado la sentencia que le condenaba á la muerte lenta é infame de los más viles malvados. «¡Cómo! — exclamó. — ¡Vosotros me confundís con los criminales porque he querido restituir á mis semejantes los derechos y el título de hombres, título y derechos que yo siento en mí mismo! ¡Pues bien, aquí teneis mi sangre, pero no faltará quien la vengue!» Pereció en la rueda, y su cuerpo mutilado quedó expuesto á orillas de un camino. Esta muerte heroica resonó hasta en la Asamblea nacional y excitó sentimientos opuestos. «Esa muerte — dijo Malouet — es bien merecida; Ogé es un criminal y un asesino.» «Si Ogé es culpable, — le respondió Gregoire, — todos nosotros lo somos; si hay justicia en que perezca en el cadalso el que ha reclamado la libertad para sus hermanos, es preciso que suban á él todos los franceses que se nos parecen.»

La sangre de Ogé hervia á la sordina en el corazon de todos los mulatos. Estos juraron vengarla. Podia contarse con los negros como con un ejército siempre dispuesto á la matanza. Los hombres de color les dieron la señal para principiarla. Sólo en una noche, sesenta mil esclavos, armados de antorchas y de los instrumentos que les servian para el trabajo, incendiaron todas las habitaciones de sus amos en un radio de seis leguas alrededor del Cabo. Todos los blancos, así hombres como mujeres, niños y ancianos, fueron degollados, sin que escapase nada al furor por tanto tiempo comprimido de los negros. Aquello era la destruccion total de una raza por otra. Las cabezas ensangrentadas de los blancos, puestas en las puntas de las cañas de azúcar, sirven de bandera para conducir aquellas hordas, no al combate, sino á la carnicería. Una sola noche es suficiente para vengar los ultrajes que los negros han recibido de los blancos por espacio de tantos siglos. Rivaliza entre los dos colores una emulacion de crueldad, y los negros, no contentos con imitar los suplicios que se han ejercido por tanto tiempo contra ellos, aún inventan otros nuevos. Si algunos esclavos generosos y fieles se colocan entre sus antiguos amos y la muerte, son sacrificados sin piedad como aquéllos. El reconocimiento y la compasion son virtudes que la guerra civil no conoce ya. El color es una sentencia de muerte, sin distincion de personas. La guerra es entre las razas y no entre los hombres. ¡Es preciso que la una perezca para que viva la otra! Puesto que la justicia no ha podido hacer oír su voz entre ellas, sólo la muerte puede ponerlas en acuerdo. Todo perdon concedido á un blanco, es una traicion que el negro pagará con su vida. Los negros ya no tienen corazon, ya no son un pueblo, ya han dejado de ser hombres, ya no son sino un elemento destructor que pasa sobre la tierra asolándolo todo.

En pocas horas, ochocientas habitaciones con sus ingenios de azúcar ó de café, que representan entre todas un capital inmenso, quedan completamente destruidas.

Los molinos, los almacenes, los utensilios y hasta la misma planta que les recuerda su esclavitud y su trabajo forzado, todo es presa de las llamas. Toda la llanura en cuanto la vista alcanza está cubierta de humo, de cenizas y de incendios. Amontonados los cadáveres de los blancos á manera de horrorosos trofeos, compuestos de troncos, de cabezas, de brazos y demas miembros de hombres, de mujeres y de niños asesinados, marcan el sitio de las suntuosas habitaciones en donde reinaban el día anterior. Tal era el desquite que tomaba la esclavitud. Los reveses que sufren los tiranos siempre son horribles.

Advertidos á tiempo algunos blancos de la insurreccion por la generosa indiscrecion de los negros, ó protegidos en su fuga por la espesura de los bosques ó por la oscuridad de la noche, se habian refugiado en el Cabo. Escondidos otros con sus mujeres y niños en algunas cuevas, recibian provisiones de algunos esclavos fieles, que iban á llevárselas arriesgando para ello su vida. El ejército de los negros iba engrosando bajo las murallas del Cabo, en donde se disciplinaron resguardados por un campo fortificado. Ciertos auxiliares invisibles les enviaron fusiles y cañones. Unos acusaban á los ingleses, otros á los españoles, y otros á los amigos de los negros, de esta complicidad con los insurrectos. Estas sospechas eran absurdas. Los españoles estaban en paz con Francia, y la sublevacion de los negros era tan perjudicial para ellos como para nosotros. Los ingleses poseian un número triple de esclavos que Francia. Si el principio de la insurreccion, exaltado por el triunfo, se hubiese propagado entre ellos, hubiese arruinado infaliblemente sus establecimientos y comprometido la vida de sus colonos. Nadie era culpable de lo que estaba pasando sino la misma libertad, que no se oprime impunemente en una parte tan considerable de la especie humana. Esta sublevacion hallaba simpatías hasta en el mismo corazon de los franceses.

La debilidad de las resoluciones de la Asamblea al recibir la noticia de aquella catástrofe lo probó así. Mr. Bertrand de Molleville, ministro de Marina, mandó que se enviasen inmediatamente seis mil hombres á reforzar la guarnicion de Santo Domingo. Brissot atacó aquellas medidas represivas en un discurso en el que no temia cargar toda la odiosidad del crimen sobre las víctimas, ni acusar al gobierno de complicidad con la aristocracia de los colonos. «¿Por qué extraña fatalidad coinciden estas noticias con el momento en que la emigracion va en aumento, en que los rebeldes reunidos sobre nuestras fronteras nos anuncian una explosion próxima? Finalmente, ¿en qué consiste que cuando más apurados nos vemos, vengan las colonias á aumentar nuestra angustia, amenazándonos por medio de una diputacion ilegal con sustraerse al dominio de la metrópoli? ¿No puede ser esto una ramificacion de un gran plan combinado por la traicion?» La repugnancia de los numerosos amigos de los negros en tomar medidas enérgicas en favor de los colonos, la indiferencia del partido revolucionario hácia aquellos países, que por hallarse tan distantes del nuestro debilitaban en cierto modo la compasion hácia ellos, y finalmente, el movimiento interior que se llevaba tras sí los espíritus y las cosas, borraron bien pronto las impresiones que produjo aquella horrorosa matanza, y dejaron que se formase y engrandeciese en Santo Domingo el genio de la independencia de los negros, que aparecia ya en lontananza en la persona de un pobre esclavo anciano llamado Toussaint Louverture.



El duque de Orleans es insultado en las Tullerías.—Pág. 296.

Los desórdenes interiores iban en aumento en todas partes: la libertad religiosa, que era el voto de la Asamblea constituyente y la gran conquista de la revolucion, no podia establecerse sin luchar entre un culto desposeido y un cisma nuevo que se disputaban mutuamente el dominio de las creencias. El partido contrarrevolucionario se unia en todas partes al clero, porque ambos tenian los mismos enemigos y conspiraban contra una misma causa. Desde que se habia desposeido á los sacerdotes no juramentados, una parte del pueblo, sobre todo la de los campos, estaba unida á ellos. La persecucion es tan odiosa para el espíritu público, que hasta la apariencia de ella indigna á los hombres de corazon generoso. El espíritu humano se inclina ordinariamente á creer que la justicia está siempre de parte de los proscritos. Los sacerdotes no estaban perseguidos todavía, pero ya se les habia humillado. La irritacion sorda sostenida y fomentada por el clero ha sido más funesta á la revolucion que todas las conspiraciones de los aristócratas emigrados. La conciencia es el punto más sensible del hombre. La conspiracion más implacable es la que proviene de haber atacado una creencia, ó de haber inquietado el espíritu de un pueblo poniéndole trabas en el ejercicio de su religion. Haciendo visible la mano de Dios en las de los sacerdotes, es como la aristocracia logró sublevar la Vendée. Frecuentes y sangrientos síntomas revelaban ya en el Oeste y en Normandía el fuego oculto de la guerra religiosa.